

JXP

## ¡Me regocijo en hacer tu voluntad!

(Salmos 119: 14)

### La vida contemplativa pasionista: unión con Cristo mediante la entrega a la voluntad del Padre

"En el Nombre de Jesús, toda rodilla debe doblarse en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua proclamar para la gloria de Dios Padre: Jesucristo es el Señor." Este himno, tomado de la carta de San Pablo a los Filipenses (2: 10-11) es bien conocido entre los Pasionistas porque desde la época de Nuestro Santo Fundador, él prescribió que comenzáramos cada hora del Oficio Divino con estas palabras. Yo todavía recuerdo mi primera visita a nuestro monasterio, hace siete años, cuando mis libros para el Oficio Divino fueron preparados para mí con una nota encima. La nota contenía las palabras de ese versículo, y al final de mi visita de una semana, me sabía esas palabras de memoria.



Estas palabras son los versos finales del himno cristológico del Apóstol San Pablo. Este himno describe el despojo y la humillación de Cristo, que se hizo obediente, hasta la muerte, muerte de cruz. Por eso Dios lo engrandeció a su diestra. Cristo fue obediente hasta la muerte. Un aspecto de nuestro carisma que está enfáticamente presente en los escritos de nuestro Fundador, y que encuentro inspirador para mi propia vida pasionista, es el aspecto de la obediencia caracterizada por amor junto con la entrega a la Voluntad de Dios.

Cuando recuerdo mis primeras experiencias de vivir en el monasterio, primero como invitada, luego como aspirante y finalmente como postulante, dos cosas se destacan vívidamente para mí. En primer lugar, cuando era postulante, pensé que sabía mucho sobre la vida espiritual y mucho sobre el significado de ser una Pasionista (después de todo, había leído los artículos en el sitio web y había leído los materiales que me habían dado la directora vocacional y la directora de novicias, y también había leído algunos libros sobre los santos). Pero rápidamente me di cuenta de que no importaba cuál pensaba que era la mejor manera de vivir la vida Pasionista, o la mejor manera de crecer en santidad, o la mejor manera de hacer muchas otras cosas, siempre y cuando mi directora de novicias, o la superior, o la comunidad en su conjunto, pensaban de otra manera. ¡Qué frustrante! Me di cuenta de lo apegada que estaba a mi propia voluntad; y fue más difícil de lo que esperaba someter mi voluntad a las decisiones, consejos o puntos de vista de otros con el espíritu de verdadera obediencia religiosa.

Hubo una segunda experiencia que me impresionó; fue mi ver el espíritu de fe con el que las hermanas intentaron entregarse a la voluntad de Dios. Las palabras, "Hágase la voluntad de Dios", o dichos similares, son comunes en el monasterio. Esto me impresionó. Creía que la voluntad de Dios se trataba del plan general de Dios para mi vida; pero las hermanas entendieron que la Voluntad de Dios estaba en los detalles más pequeños y concretos de la vida cotidiana, y se entregaron a ella. Esto me asombró. Me decía a mí mismo: "¿Qué tiene que ver la Voluntad de Dios con que llegue o no a casa de su cita con el médico a tiempo para la oración vespertina?" Aún no veía ni apreciaba lo que las Hermanas sabían muy bien por fe: la Santa Voluntad de Dios y su plan providencial guían cada momento de nuestras vidas. Si esta actitud fue tan impresionante para mí cuando la vi expresada en los pequeños detalles de la vida diaria, fue mucho más impresionante en las cosas más importantes de la vida. Fui

testigo de cómo las hermanas aceptaban pesadas cruces de dolor físico, o circunstancias difíciles, o las exigencias del servicio a la comunidad, o las dificultades y preocupaciones de sus familias, etc., con espíritu de entrega profunda al proyecto de nuestro querido Padre. Estas pruebas y cruces fueron entendidas por las Hermanas como de la mano de un Padre que las ama, y fueron aceptadas con confianza y entrega sencilla e inmediata.

Pronto aprendería que a mi alrededor se vivía un principio fundamental de la espiritualidad de nuestro Fundador. Él vivió, y animó a otros a vivir, fervientemente y en perfecta obediencia y abandono afectuoso a la Divina Voluntad. En nuestra propia Regla primitiva, él nombra la obediencia como la piedra fundamental de la perfección religiosa, y nos exhorta a mantenerla en nuestro corazón y practicarla en todas nuestras acciones (n. 25). En sus cartas, una y otra vez, vuelve al tema del abandono a la Voluntad de Dios: “Sosténgase de la santa voluntad de Dios”... “Diga con frecuencia desde su corazón: ‘¡Oh Santa Voluntad de Dios, te amo!’”... “La Divina Voluntad es el bálsamo que cura toda herida”... “Que se haga la Voluntad de Dios, y que el Señor sea bendito para siempre”. Él recuerda el ejemplo de Jesús al enfatizar repetidamente la expresión de Cristo de que Su alimento era hacer la Voluntad del Padre. Pablo de la Cruz, con el ardor del amor a Dios y a Jesús Crucificado en su corazón, expresó su amor ardiente, y su total confianza en la bondad de Dios, con su obediencia y entrega total a la Divina Voluntad, como fue el amor filial de Cristo que motivó su obediencia hasta la muerte.

Mientras continuaba en mi postulanteo, con la ayuda de nuestro Fundador, el buen ejemplo de las Hermanas, y por supuesto, con el ejemplo de Cristo, yo también comencé a ver y amar la Divina Voluntad cada vez más. Comencé a experimentar la obediencia como una alegre expresión de amor; un amor que siempre piensa en el Amado, siempre hace lo que le agrada, y recibe todo de Él como un regalo de amor.



**Esta obediencia por amor es tan importante para nosotras como Pasionistas.  
Conscientes de nuestra configuración en Cristo por nuestro bautismo, y de  
nuestra unión más profunda con Cristo que se produce por nuestra  
consagración religiosa, nosotras, como Cristo, vivimos con la mirada fija en  
el Padre, cuyo designio caritativo guía cada momento de nuestras vidas.**



La dirección del Padre se experimenta de muchas formas, algunas muy concretas: a través de Nuestra Regla y Constituciones; a través de nuestro Horario; a través de nuestros Superiores, y a través de las enseñanzas e instrucciones de la Madre Iglesia. En nuestra vida personal y en la vida de las comunidades, el plan del Padre se revela para cada una de nosotras en las cruces y alegrías, los desafíos, las tristezas y las oportunidades que son únicas en cada comunidad y únicas para cada individuo. Aún más profundamente personal, en cada una de nuestras almas el Espíritu que habita en nosotros nos guía, mueve e impulsa a la fidelidad y generosidad, y al crecimiento en el amor, la virtud y la oración interior.

Cada una de estas experiencias es una manifestación de la Voluntad de nuestro Padre. La Voluntad del Padre es para nosotras, como lo fue para Cristo, nuestra experiencia personal de Su Pasión. Al entregar nuestro resonante y perseverante “Fiat” a la Voluntad del Padre, como lo hizo María y como lo hizo Cristo, estamos entregando nuestra vida al Espíritu, para que Cristo renueve su pasión en nosotras (Constituciones nº 13). Nuestras Constituciones nos recuerdan que toda la vida de Jesús ... fue de obediencia y servicio (n. 32). A través de nuestras vidas de obediente entrega a la voluntad del Padre, estamos unidas a Cristo nuestro Esposo y participamos en Su obra de redención. Así como la obediencia de Cristo dio vida al mundo pecador, nuestra obediencia, unida a la suya, es un canal de gracia redentora y vida en un mundo donde la resistencia a la soberanía de Dios, el rechazo de sus mandamientos y el desprecio por las enseñanzas de su Iglesia son las causas de tanto sufrimiento y maldad. ¡Unidos a Cristo, un “Fiat” abre canales de gracia a muchos corazones!

Mientras rezamos las palabras finales del himno de Filipenses, recordamos una y otra vez el misterio Muerte-Resurrección que es nuestra vida. Se nos recuerda que cada acto de obediencia en unión con Cristo, cada momento de entrega en las manos del Padre, es una muerte mística que da vida a nuestra propia alma, a nuestra Congregación y al mundo. Mediante nuestra vida fiel y generosa como hijas del Padre, la victoria de Cristo y Su Reino se extienden por todo el mundo.

Hna. Frances Marie, CP (Monja de votos temporales)  
Monasterio de San José - Whitesville (Estados Unidos)

